

no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Y pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian), y diéronme un vaso con agua ; y no le hube bien llegado á la boca , cuando , como si fuera lavatorio de comunión , me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima , viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas , y no hacian la razon. Dióme gana de descomer (aunque no habia comido), digo , de proveerme , y pregunté por las necesarias á un antiguo , y díjome :

—No lo sé ; en esta casa no las hay : para una vez que os proveeréis miéntas aquí estuviéredes , donde quiera podeis ; que aquí estoy dos meses há , y no he hecho tal cosa sino el dia que entré , como vos agora , de lo que cené en mi casa la noche ántes. ¿ Cómo encareceré yo mi tristeza y pena ? Fué tanta , que considerando lo poco que habia de entrar en mi cuerpo , no osé (aunque tenia gana) echar nada dél. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haria él para persuadir á las tripas que habian comido , porque no lo querian creer. Andaban vaguidos en aquella casa , como en otra ahítos. Llegó la hora del cenar ; pasóse la merienda en blanco : cenamos mucho ménos , y no carnero , sino un poco del nombre del maestro , cabra asada. Mire vuesamerced si inventara el diablo tal cosa.

—Es cosa muy saludable y provechosa , decia , cenar poco para tener el estómago desocupado ; y citaba una retahila de médicos infernales. Decia alabanzas de la dieta , y que ahorra un hombre sueños pesados ; sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comian. Cenaron , y cenamos todos , y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar , y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir ; él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí , y yo aconsejándole que lo hiciese ; aunque últimamente le dije :

—Señor , ¿ sabeis de cierto si estamos vivos ? Porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron , y que somos ánimas que estamos en el purgatorio ; y así , es por demas decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones , y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado.

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar : dieron las seis , y llamó Cabra á lición : fuímos , y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubon , y las piernas daban lugar á otras siete calzas ; los dientes sacaba con tobas amarillos , vestidos de desesperacion. Mandáronme leer el primer nominativo á los otros , y era de manera mi hambre , que me desayuné con la mitad de las razones , comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra , diciendo que él ha visto meter en casa , recién venido , dos frisonas , y que á dos dias salieron caballos ligeros , que volaban por los aires ; y que vió meter mastines pesados , y á tres horas salir galgos corredores ; y que una cuaresma topó muchos hombres , unos metiendo los piés , otros las manos , y otros todo el cuerpo , en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente que venía á solo aquello de fuera ; y preguntando un dia que qué sería , porque Cabra se enojó de que se lo preguntase , respondió que los unos tenían sarna , y los otros sabañones , y que en metiéndolos en aquella

casa morian de hambre; de manera que no comian de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígolo porque no parezca encajamiento lo que dije. Y volviendo á la licion, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Solo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera; y así, tenia una caja de hierro, toda agujerada como salvadera; abríala, y metia un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro día el tocino. Parecióle despues que en esto se gastaba mucho, y dió en solo asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana; y así, trazábamos de decir que teníamos algun mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo: dijimos al fin que nos dolian las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaria remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenia una receta que habia heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparóse la por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnicion la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen á mí la otra; que luego tornarian á don Diego. Yo me vestia; pero me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, á la cual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaria de su casa; que bien se echaba de ver que era bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos nosotros á don Alonso, y el Cabra le hacia creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase, y sirviese á los pupilos, y despidió al criado, porque le halló el viérnes á la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe: era tan sorda, que no oia nada; entendia por señas; ciega, y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamas comí. Unos decian:

—¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía. Otros decian:

—¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto? Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viérnes nos solia enviar unos huevos, á fuerza de pelos y canas suyas, que podian pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter el badil por el cucharón, inviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metia para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y á

la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico, hasta que ya él pidia confesion más que otra cosa. Llamó entónces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que la hambre le habia ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió (que habia un día que no hablaba) dijo:

—Señor mio Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno. Imprimiéronsele estas razones en el corazon: murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oídos de don Alonso Coronel; y como no tenia otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar á más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas á casa: despedimonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPÍTULO IV.

De la convalecencia y ida á estudiar á Alcalá de Henares,

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho liento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roidos del hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como á retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos á volver y cobrar algun aliento; pero nunca podian las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así, se dió orden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro dias, y aun parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del hiermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningun cristiano cayese en sus manos crueles. Si aca-

so comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida), y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metia perdices y capones y todas las cosas que no queria darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecia que tenia por pecado, no solo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de inviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de la gramática. Dijome á mí si queria ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo, como veria. Y con esto dióle un criado para mayordomo que le gobernase la casa y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje: era una media camita, y otra de cordeles con ruedas, para metella debajo de la otra mia y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demas zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos á la tardecita ántes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros. El ventero era morisco y ladron (que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día), hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya habian llegado tambien con el hato ántes, que nosotros veníamos de espacio); pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y dijome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregonos de los de mantellina buscando trazas para engullir. Mi amo pues, como más nuevo en la venta, y muchacho, dijo:

—Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y dos criados.

—Todos lo somos de vuesamerced, dijeron al punto los rufianes, y le hemos de servir. Hola huésped, mirá que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes: vaciad la dispensa. Y diciendo esto llegóse uno y quitóle la capa diciendo:

—Descanse vuesamerced, mi señor; y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesamerced su criado? Yo respondí creyendo que era así como lo decian, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó á él, medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—¡Oh mi señor don Diego! ¡Quién me dijera á mí agora diez años que habia de ver yo á vuesamerced desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesamerced! El se quedó admirado y yo tambien, que juramos entrambos no habelle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle, segun está de grande! Dios le guarde; y empezó á santiguarse. ¿Quién no creyera que se habian criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que despues de cenar se hablará; que se enfria. Llegó un rufian y puso asientos para todos, y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene vuesamerced; que entre tanto que á nosotros nos adrezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa.

—¡Jesus! dijo don Diego, vuesas mercedes se asienten si son servidos; y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):

—Luego, mi señor, que aun no está todo á punto. Yo cuando vi á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo dijeron:

—No es razon que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande vuesamerced que alcancen un bocado. El, haciendo del galan, convidólas: sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante le dijo:

—Un agüelo tuvo vuesamerced tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan cabal! Y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comia era el cura con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron:

—Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance; que mi señor don Diego nos hace merced á todos. No bien se lo dijeron cuando se sentó: ya cuando vió mi amo que todos se le habian encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demas engulleron el cura y los otros. Decian los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal; y replicaba el maldito estudiante:

—Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá. Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en corazon que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufian y dijo:

—¡Oh pecador de mí! No habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuesas mercedes. Ah señor huésped, déles todo lo que hubiere; vé aquí un doblon. Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar), y dijo:

—Aunque vuesamerced me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? El dará á sus criados y aun á los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros.

—No se enoje vuesamerced , que no le conocian. Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulacion , que no pensé acabar. Levantaron las mesas , y todos dijeron á don Diego que se acostase ; él queria pagar la cena , y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato parlando ; preguntóle su nombre al estudiante , y él dijo que se llamaba don Tal Coronel. En malos infiernos arda el embustero en donde quiera que está. Vió que dormia el avariento , y dijo :

—¿Vuesamerced quiere reir ? Pues hagamos alguna burla á este viejo , que no ha comido sino un pero en todo el camino , y es riquísimo. Los rufianes dijeron :

—Bien haya el licenciado ; hágalo , que es razon. Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormia , de debajo de los piés unas alforjas , y desenvolviéndolas halló una caja , y como si fuera de guerra , hizo gente. Llegáronse todos , y abriéndola , vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas habia , y en su lugar puso piedras , palos y lo que halló ; luego se proveyó sobre lo dicho , y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo :

—Pues aun no basta ; que bota tiene. Sacóla el vino , y desenfundando una almohada de nuestro coche , despues de haber echado un poco vino debajo , se la llenó de lana y estopa y la cerró. Con esto se fuéron todos á acostar para una hora que quedaba ó media , y el estudiante lo puso todo en las alforjas , y en la capilla del gaban echó una gran piedra , y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar , despertaron todos , y el viejo todavía dormia. Llamáronle , y al levantarse no podia levantar la capilla del gaban ; miró lo que era , y el mesonero adrede le riñó diciendo :

—Cuerpo de Dios , ¿ no halló otra cosa que llevarse , padre , sino esta piedra ? ¿ Qué les parece á vuesas mercedes , si yo no lo hubiera visto ? Cosa es que estimo en más de cien ducados , porque es contra el dolor de estómago. Juraba y perjuraba diciendo que no habia metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta , y vino á montar sesenta reales , que no entendiera Juan de Leganos la suma. Decian los estudiantes :

—Como hemos de servir á vuesamerced en Alcalá , quedamos ajustados en el gasto. Almorzámos un bocado , y el viejo tomó sus alforjas ; y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie , desatólas á oscuras debajo el gaban , y agarrando un yeson untado , echóselo en la boca , y fuéle á hincar una muela y medio diente que tenia , y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos á él , y el cura el primero , diciéndole qué tenia. Comenzóse á ofrecer á Satanás , dejó caer las alforjas , llegóse á él el estudiante , y dijo :

—Arriedro vayas , Satan , cata la cruz. Otro abrió un breviario , y hiciéronle creer que estaba endemoniado , hasta que él mismo dijo lo que era , y pidió le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino que él traia en la bota. Dejáronle , y sacándola abrióla ; y abocando en un vasito un poco de vino , salió con lana y estopa un vino salvaje , tan barbado y velloso , que no se podia beber ni colar. Entónces acabó de perder la paciencia el viejo , pero viendo las descom-

puestas carcajadas de risa , tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico , y nosotros nos pusimos en el coche ; y aun no bien habia comenzado á caminar , cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya , declarando la burla. El ventero decia :

—Señor nuevo , á pocas estrenas como esta envejecerá. El cura decia :

—Sacerdote soy , allá se lo dirán de misas. Y el estudiante maldito voceaba :

—Señor primo , otra vez rásquese cuando le coma , y no despues. El otro decia :

—Sarna dé á vuesa merced , señor don Diego. Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegamos á la villa ; apeámonos en meson , y en todo el dia (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada , y nunca podimos sacar en limpio el gasto.

CAPÍTULO V.

De la entrada de Alcalá. patente y burlas que me hicieron por nuevo.

Antes que anocheciese salimos del meson á la casa que nos tenian alquilada , que estaba fuera la puerta de Santiago , patio de estudiantes donde hay muchos juntos , aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso : moriscos los llaman en el pueblo , que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices , y solo les faltan para oler tocino : digo esto , confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal , que cierto es mucha. Recibiómeme pues el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento : ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto , ó por ser natural suyo dellos , que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato , acomodámos las camas y lo demas , y dormimos aquella noche. Amaneció , y hélos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. El , que no sabía lo que era , preguntóme que qué querian. Y yo entre tanto , por lo que podia suceder , me acomodé entre dos colchones , y sola tenia la media cabeza fuera , que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales ; diéronselos , y cantando comenzaron una grita del diablo , diciendo : Viva el compañero , y sea admitido en nuestra amistad ; goce de las preeminencias de antiguo ; pueda tener sarna , andar manchado y padecer el hambre que todos. Y con esto (¡ mire vuesa merced qué privilegios !) volaron por la escalera , y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre , y

entró en su general ; pero yo , que habia de entrar en otro diferente y fui solo , comencé á temblar. Entré en el patio , y no hube metido bien el pié , cuando me encararon y empezaron á decir: Nuevo. Yo , por disimular , dí en reir , como que no hacia caso , mas no bastó , porque llegándose á mí ocho ó nueve , comenzaron á reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera) , pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices , y apartándose dijo :

—Por resucitar está este Lázaro , segun hiede ; y con esto todos se apartaron , tapándose las narices. Yo , que me pensé escapar , tambien me puse las manos y dije :

—Vuestas mercedes tienen razon , que güele muy mal. Dióles mucha risa , y apartándose , ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma , y en las toses y abrir y cerrar de las bocas , vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible , diciendo :

—Esto hago. Yo entónces , que me vi perdido , dije :

—Juro á Dios que me la.... Iba á decirle , pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí , que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa , y tan blanco , que todos tiraban á mí , y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de piés á cabeza ; pero un bellaco , viéndome cubierto y que no tenia en la cara cosa , arrancó hácia mí , diciendo con gran cólera :

—Basta , no le mateis. Yo , que segun me trataban , creí dellos que lo harian , destapé por ver lo que era , y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita que me aturdieron ; y yo , segun lo que echaron sobre mí de sus estómagos , pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones ; pero no habia dónde , sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa , ya blanca por mis pecados. Dejéronme ; y iba hecho aljufaina de viejo á pura saliva ; fuíme á casa , que apenas acerté á entrar en ella , y fué ventura el ser de mañana , porque solo topé dos ó tres muchachos (que debian ser bien inclinados) porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos , y luego se fuéron. Entré en casa , y el morisco , que me vió , comenzó á reirse y hacer como que queria escupirme. Yo , que temí que lo hiciese , dije :

—Tened , huésped , que no soy *Ecce-Homo*. Nunca lo dijera , porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenia. Con esta ayuda de costa , medio baldado , subí arriba , y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato ; al fin le quité , y me eché en la cama , y colgué en una azotea. Vino mi amo , y como me halló durmiendo y no sabia la asquerosa aventura , enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa , que á dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y quejándome , y él con más cólera dijo :

—¿Es buen modo de servir este , Pablos? Ya es otra vida. Yo , cuando oí decir otra vida , entendí que era ya muerto , y dije :

—Bien me anima vuesamerced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamas en paso de Semana Santa; y con esto empecé á llorar.

Él, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadeciéndose de mí y dijo:

—Pablos, abre el ojo, que asan carne; mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre. Contéle todo lo que habia pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormian cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí; y con esto á la noche, despues de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en una, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo:

—No se hiciera entre luteranos.

—¡ Hay tal maldad! Otro decia:

—El Rector tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran? Yo respondí que nó, y agradeciles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecia estaba con mi padre y mis hermanos. Debian ser las doce, cuando el uno dellos me despertó á puros gritos, diciendo:

—¡Ay, que me matan! ¡Ladrones! Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso? y apénas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar; quejábase el otro tambien, y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: Justicia de Dios! Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio sinò el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormian empezaron á dar gritos tambien; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entre tanto aquel maldito que estaba junto á mí se pasó á mi cama y proveyó en ella y cubrióla; y pasándose á la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo:

—Es gran bellaquería, y no ha de pasar así. Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecia un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme á mi cama, preguntando si acaso les habian hecho mal: todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no habia diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbacion, sin sentirlo, habia hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía

disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba ; y yo les dije que muy malo, porque me habian dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podía haber sido, y ellos decian :

—A fe que no se escape , que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estais herido, que os quejábades mucho ; y diciendo esto, fuéron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo :

—¿ Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿ y estás-te en la cama? Levántate enhoramala. Los otros, por asegurarme, contaron á don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decia uno :

—Y si vuesa merced no lo cree, levanta , amigo, y agarraba de la ropa. Yo la tenia asida con los dientes por no mostrar la caca ; y cuando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino, dijo uno :

—¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede! Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad ; y luego tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algun servicio ; decian que no se podia estar allí. Dijo uno :

—Pues es muy bueno esto para haber de estudiar. Miraron las camas, y quitaronlas para ver debajo, y dijeron :

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo ; pasémosle á una de las nuestras , y miremos debajo della. Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra , fingí que me habia dado mal de corazon ; agarréme á los palos y hice visajes. Ellos, que sabian el misterio, apretaron conmigo, diciendo :

—¡ Gran lástima ! Don Diego me tomó el dedo del corazon, y al fin entre los cinco me levantaron ; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes , no ya palominos , sino palomos grandes , que se hundía el aposento.

—Pobre dél , decian los grandísimos bellacos ; yo hacia el desmayado.

—Tírele vuesa merced mucho dese dedo del corazon ; y mi amo , entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros tambien trataron de darme un garrote en los muslos , y decian :

—El pobrecito agora sin duda se ensució cuando le dió el mal. ¡ Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro de que me diesen garrote ! Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos), hice que habia vuelto ; y por presto que lo hice , como los bellacos iban con malicia , ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejéronme diciendo :

—¡ Jesus, y qué flaco sois ! Yo lloraba de enojo , y ellos decian adrede :

—Más va en vuestra salud que en el haberos ensuciado : callá ; y con esto me pusieron en la cama despues de haberme lavado, y se fuéron. Yo no hacia á solas sino considerar cómo casi era más lo que habia pasado en Alcalá en un dia que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude (lavándola como gualdrapa), y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana ; y despues, juntándonos todos á hablar en el corredor , los

otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta; y dije entre mí:

—Avison, Pablos, alerta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPÍTULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

Haz como vieres, dice el refran, y dice bien. De puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á vuesamerced que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garbo que vi en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir y dije á uno:

—Vaya, y vea quién gruñe en nuestra casa. Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacian, todos á la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos; y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de prisa, que en verdad que por no deternos las habíamos dejado la mitad de lo que ellos se tenian dentro. Supo pues don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podian valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué habia de decir si me acusaban y me prendia la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diria:

—Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego:

—A fe, Pablos, que os haceis á las armas. Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabia el ama de contento, porque éramos los dos al mohino: habiamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Júdas, que desde entónces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos

del ama la órden retórica , porque siempre iba de más á ménos ; y la vez que podía echar cabra ó oveja , no echaba carnero ; y si habia huesos , no entraba cosa magra : y así hacia unas ollas tísicas , de puro flacas ; unos caldos , que á estar cuajados , se podian hacer sartas de cristal de las dos pascuas. Por diferenciar , para que estuviese gorda la olla , solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decia (cuando yo estaba delante) á mi amo :

—Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso: consérvele vuesa merced , que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad ; lo mejor de la plaza trae. Yo por el consiguiente , decia de ella lo mismo , y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto , carbon ó tocino , escondíamos la mitad , y cuando nos parecia decíamos el ama y yo :

—Modérense vuestas mercedes en el gasto ; que en verdad , si se dan tanta priesa , no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbon ; pero tal priesa se han dado. Mande vuesa merced comprar más , y á fe que se ha de lucir de otra manera : dénde dineros á Pablicos. Dábanmelos , y vendíamosles la mitad sisada , y de lo que comprábamos , la otra mitad ; y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valia , reñíamos adrede el ama y yo. Ella decia como enojada :

—No me digais á mí , Pablicos , que estos son dos cuartos de ensalada. Yo hacia que lloraba , daba muchas voces , y íbame á quejar á mi señor , y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo , para que callase el ama , que adrede porfiaba. Iba , y sabíalo , y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo , y quedaban agradecidos , en mí á las obras , y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego , muy satisfecho de mí :

—Así fuese Pablicos aplicado á virtud , como es de fiar : toda esta es la lealtad. ¿ Qué me decis vos dél ? Tuvimoslos desta manera chupándolos como sanguijuelas : yo apostaré que vuesa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser , pero no obligaba á restitucion , porque el ama confesaba y comulgaba de ocho á ocho dias , y nunca le vi rastro ni imaginacion de volver nada ni hacer escrupulo , con ser , como digo , una santa. Traia un rosario al cuello siempre tan grande , que era más barato llevar un haz de leña á cuestras. Dél colgaban muchos manojos de imágenes , cruces y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos ; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo , y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez , y acababa con el *Conquibules* (que ella decia) y en la *Salve Rehila*. Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente ; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenia otras habilidades : era conqueridora de voluntades y corchete de gustos , que es lo mismo que alcahueta ; pero disculpábase conmigo , diciendo que le venía de casta , como al rey de Francia curar lamparones. Pensará vuesa merced que siempre estuvimos en paz ; pues ¿ quién ignora que dos amigos , como sean cudiciosos , si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro ? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral ; yo tenia gana de

comerla una: tenia doce ó trece pollos grandecitos; y un día, estando dándoles de comer, comenzó á decir: Pio, pio, y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije:

—¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos! Ella, como me vió hacer extremos con tantas véras, turbóse algun tanto y dijo:

—Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisicion, porque si no, estaré descomulgado.

—¿Inquisicion? dijo ella, y empezó á temblar; ¿pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor, decia yo: no os burleis con los inquisidores; decid que fuístes una boba y que os desdecis, y no negueis la blasfemia y desacato. Ella con el miedo dijo:

—Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme? Respondíle:

—Nó, porque solo os absolverán.

—Pues yo me desdigo, dijo. Pero dime tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais que dijisteis á los pollos, pio, pio, y es Pio nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo. Ella quedó como muerta, y dijo:

—Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisicion.

—Como vos jureis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dijo:

—Pues llévateľos, Pablos, agora; que mañana juraré. Yo, por más asegurarla, dije:

—Lo peor es, Cepriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejacion. Llevadlos vos; que yo pardiez que temo.

—Pablos (decia cuando me oyó esto), por amor de Dios, que te duelas de mí y los llesves; que á tí no te puede suceder nada. Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo:

—Mejor se ha hecho que yo pensaba; queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer, pero lindamente te le he engañado y negociado. Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demas cria-

dos. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera; y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y dí en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya anda poca gente) por la calle Mayor, vi una confitería, y en ella un cofin de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, dí á correr: el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, y al volver una esquina sentéme sobre él, y envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano:

—¡Ay! Dios se lo perdona, que me ha pisado. Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir: Por tan alta señora, y lo ordinario de la hora menguada y aire corruto. Ellos se venian desgañando, y dijéronme:

—¿Va por ahí un hombre, hermano?

—Ahí delante; que aquí me pisó, loado sea el Señor. Arrancaron con esto, y fuéronse: quedé solo, llevéme el cofin á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiéndolos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero (por lo que le sucedió al otro de las pasas) alerta. Vine pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije: Muera, y tiré una estocada por delante el confitero: él se dejó caer pidiendo confesion, y yo dí la estocada en una caja y la pasé y saqué en la espada y me fuí con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decia que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al derredor, echó de ver la burla, y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decian los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corria; que es lo mismo que hurtar en nombre revezado. Yo, como era muchacho y veia que me alababan el ingenio con que salia destas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada dia traía la pretina de jarras de monjas, que les pedía para beber, y me venia con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser, y fuímos juntos, yo delante; y en columbrar la justicia lleguéme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije:

—¿Justicia? Respondieron:

—Sí.

—¿Es el Corregidor? Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: Señor, en sus manos de vuesa merced está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande vuesa merced oirme dos palabras á solas, si quiere una gran

prision. Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjole: Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mio por robarlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, segun les he oido decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oido, que es (y abajando más la voz dije) de Antonio Perez. Con esto el Corregidor dió un salto hácia arriba y dijo:

—¿Adónde están?

—Señor, en la casa pública; no se detenga vuesamerced, que las ánimas de mi madre y hermanos se lo pagarán en oraciones, y el Rey.

—Hácia Jesus. No nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dije (tornándole á apartar):

—Señor, perderse ha si vuesamerced hace eso; ántes importa que todos entren sin espadas y uno á uno; que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detras los brazos, que demasiados vamos. Cuadróle al Corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca, y el Corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusiéronlas y caminaron. Yo, que habia avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así, y al entrar todos, quedéme atras el postrero, y en entrando ellos mezclados cõn otra gente que iba, dí cantonada, y emboquéme por una callejuela que va á dar cerca la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no habia sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme; y no me hallando sospecharon lo que fué: yendo á buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el Rector el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano, y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; los demas rezando las letanías. Llegó el Rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada; ántes el Rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el Rector de remitirle si le topasen, y el Corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá. Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacia monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fuí rey de gallos) sustentaba la chiminea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenia sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello del alderredor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apénas me dejaban servir á don Die-

go, á quien siempre tuve el respeto que era razon, por el mucho amor que me tenia.

CAPÍTULO VII.

De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venia otra de un tio mio llamado Alonso Ramplon, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habian hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero un águila en el oficio. Vérsese hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este pues me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma:

CARTA.

«Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamaba así): Las
 «ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado su majestad, no me
 «han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el servir al Rey, es el tra-
 «bajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de
 «daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días há con el mayor
 «valor que ha muerto hombre en el mundo: dígolo como quien le guindó. Su-
 «bió en el asno sin poner pié en el estribo; veníale el sayo baquero que parecia
 «haberse hecho para él; y como tenia aquella presencia, nadie le veia con los
 «cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado miran-
 «do á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirar-
 «le; hizose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, y íbales
 «alabando lo que decian bueno. Llegó á la de palo, puso el un pié en la esca-
 «lera, no subió á gatas ni de espacio; y viendo un escalon hendido, volvióse á
 «la justicia, y dijo que mandase adrezar aquel para otro; que no todos tenian
 «su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró
 «las arrugas de la ropa atras; tomó la sogá, y púsola en la nuez; y viendo que
 «el teatino le queria predicar, vuelto á él le dijo: Padre, yo lo doy por predi-
 «cado, y vaya un poco de Credo, y acabemos presto; que no querria parecer
 «prolijo. Hizose así: encomendóme que le pusiese la caperuzá de lado y que le
 «limpiase las babas: yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos;
 «quedó con una gravedad, que no habia más que pedir. Hícele cuartos, y dile

«por sepultura los caminos: Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos, «haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros desta «tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, «aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa en la «inquisicion de Toledo porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. «Dícese que daba paz cada noche á un cabron en el ojo que no tiene niña. Hallá- «ronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que á una capilla de milagros; «y lo ménos que hacia era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que repre- «sentaba en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte: pésa- «me; que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro «del Rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué «hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos duca- «dos: vuestro tío soy; lo que tenga ha de ser para vos. Vista esta, os podréis «venir aquí, que con lo que vos sabeis de latín y retórica seréis singular en el «arte de verdugo. Respondedme luego, y entretanto Dios os guarde. Etc. »

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que habia oido decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que á él le pesaba dejarme, y á mí más. Díjome que me acomodaria con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenia, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre. Declaréle cómo habia muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda, y cómo me habia escrito mi señor tío el verdugo desto y de la prisioncilla de mamá; que á él, como quien sabia quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Dile cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro día él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia con intencion de cobrar mi hacienda, y conocer mis parientes, para huir dellos.

CAPÍTULO VIII.

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde no tenía qué sacar más de mi sombra. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por la casa, por el arrendamiento? Uno decía:

—Siempre me lo dijo el corazón. Otro:

—Bien me decían á mí que este era un trampista. Al fin yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la mitad dél llorando, y á la otra mitad riéndose de los que lloraban. Ibame entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa; y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y despues que nos pagamos las respuestas, comenzámos á tratar de si bajaba el turco, y de las fuerzas del Rey. Comenzó á decir de qué manera se podia ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaria Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversacion propia de pícaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flándes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir:

—Más me cuestan á mí esos estados que al Rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

—¿Qué cosa puede ser (le dije), que conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?

—¿Quién dice á vuesa merced (dijo luego) que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre á vuesa merced, le contara lo que es; pero allá se verá; que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar á Ostende por dos caminos. Roguéle que los dijese, y sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: Bien ve vuesa merced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí. Dí yo con este desatino, una gran risada, y él mirándome á la cara, me dijo: A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que á todos les da gran contento,

—Ese tengo yo por cierto (le dije) de oír cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuesamerced que ya que chupe el agua que hubiere entónces, tornará luego la mar á echár más.

—No hará la mar tal cosa; que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió); fuera de que yo tengo pensada una invencion para hundir la mar por aquella parte doce estados. No le osé replicar, de miedo que me dijese tenia arbitrio para tirar el cielo acá abajo: no vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo no habia hecho nada; que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuesamerced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: Y no lo pienso poner en ejecucion si primero el Rey no me da una encomienda; que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada. Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejon, donde se quedó, que venia á ver una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios enhorabuena desde léjos vi una mula suelta, y un hombre junto á ella á pié, que mirando un libro, hacia unas rayas que media con un compas. Daba vueltas y saltos á un lado y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacia mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde algo léjos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintíome; cerró el libro, y al poner el pié en el estribo, resbalósele y cayó. Levántele, y díjome: No tomé bien el medio de proporcion para hacer la circunferencia al subir. Yo no entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cúa era la espada que llevaba al lado; respondióle que mia, y mirándola dijo: Esos gavilanes habian de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas; y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haria bueno en cualquiera parte. Yo, movido á risa, le dije:

—Pues en verdad que por lo que yo vi hacer á vuesamerced en el campo, que más le tenia por encantador, viendo los círculos.

—Eso (me dijo) era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compas mayor, cautivando la espada para matar sin confesion al contrario, porque no diga quién lo hizo; y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—¿Es posible (le dije yo) que hay matemática en eso? Dijo:

—No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina.

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.

—No os burleis (me dijo); que ahora aprendeis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehendan en sí las espirales de la espada.

—No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande.

—Pues este libro las dice (me respondió), que se llama *Grandezas de la es-*